

instruído y adelantado para comprender el valor de la paz.

El que estudia los negocios de América no ve en parte alguna la obra, de otras influencias que las que concurren á una unión cada vez más estrecha. La República ha encontrado el modo de gobernar numerosas extensiones, en medio del sistema federal, ó sea «home rule», habiendo demostrado al mundo que cuanto más se desarrolla el *self government* de las partes, más fuerte es el gobierno central.

EL PUEBLO AMERICANO

La biología nos enseña que la mezcla de las diversas variedades de la raza ariana, de la que se compone la población americana, producirá un tipo de hombre superior del que ha existido hasta ahora, un tipo más plástico, más adaptable, más capaz de experimentar las modificaciones necesarias para una vida social más completa. Yo pienso que cualesquiera que sean las dificultades y tribulaciones que el porvenir les reserve, llegará un día en que los americanos habrán producido una civilización más completa que todas las que han existido hasta la fecha.

(HERBERT SPENCER.)

El pueblo americano tiene la suerte de ser esencialmente inglés. Yo espero que será eternamente reconecedor de este supremo bien. En la aserción del historiador de la conquista normanda, dice que la principal diferencia entre el bretón y el americano es la de que el primero no ha atravesado más que un oceano y el segundo ha cruzado dos, en lo cual hay algo más que palabras; hay una verdad perfectamente demostrable. Hace dos siglos y medio la población americana era inglesa, con un ligero contingente de franceses y holandeses. En 1776, cuando las colonias revelaron al mundo esta gran novedad de que «todos los hombres nacen libres» y que fundarían una república independiente, sin rey, ni aristocracia, ni ninguno de los males políticos del pasado, su población había llegado á ser de tres millones. En 1840, ésta se había elevado, casi enteramente por aumento natural, á catorce millones de blancos. Existían entonces tres millones de esclavos de color. Esos catorce millones de blancos eran casi exclusivamente de origen inglés, como lo prueba la insignificancia de la emi-

gración hasta esta época. Antes de 1820, cuando se formaron las primeras estadísticas, estimábase que el número total de los inmigrantes, no excedía de 250,000, casi todos ingleses.

Entre 1820 y 1830, llegaron 144,000 y durante los diez años siguientes, 600,000, ingleses casi todos.

El éxodo de los alemanes y de otros pueblos del continente no había comenzado todavía. Esto no ocurrió hasta después del año 1840, en que la inmigración funcionaba en gran escala.

A contar, pues, de 1840, con una raza casi enteramente inglesa, vamos á buscar los *ingredientes* que han contribuido á formar de él un tipo diferente del inglés, pero inglés con todo y á pesar de esta diferencia.

El número total de los inmigrantes, de 1840 á 1880, fué bastante superior á nueve millones; entre ellos había un 50 por 100 que eran ingleses.

Observen bien esto: De todas las corrientes llegadas del extranjero para engrosar la población americana, la más poderosa procede de las islas británicas. ¡Madre gloriosa! Alimentaba á su hijo con la sangre de sus venas.

La situación puede plantearse en números redondos (1) en las siguientes cifras.

De origen casi puramente inglés, en 1840.	14.196.000
Aumento á razón de un 3 por 100 anual hasta 1880.	11.850.000
Inmigración inglesa desde 1840 á 1880 con un aumento natural evaluado en un 3 por 100 anual, hasta 1880.	9.175.000
Inmigración no inglesa de 1840 á 1880, con un aumento del 3 por 100 también anual.	7.506.000
	<hr/>
	42.727.000

(1) Estas cifras están sacadas contando el número de personas nacidas en el país, y los inmigrantes de cada año, á contar desde 1840, y añadiendo el 50 por 100, que es el tipo aproximadamente del aumento. El número de los nacimientos y de los inmigrantes llegados al año siguiente, aumento en el 3 por 100 y así, de este modo hasta 1880. Las cifras han sido cuidadosamente comprobadas y se supone que por este medio, se ha llegado á la verdad, ya que el censo de 1880, da 43.475.000 de blancos ó sea algo más del 3 por 100 anual.

Así el americano de hoy es inglés en sus cuatro quintas partes. La otra quinta parte es, sobre todo, alemana. Más de tres millones de estos ciudadanos instruídos, económicos, respetuosos de las leyes, llegaron de 1840 á 1880, casi en tan gran número como los irlandeses. La inmigración de los demás países, es decir los que no son de Inglaterra y Alemania, apenas si merece ser tenida en cuenta. Durante los cuarenta años de que acabo de hablar, el número total de los inmigrantes fué de algo más de un millón. Francia, Suecia y Noruega proporcionaron cada una trescientos mil.

Pero esta sangre no inglesa jugó en la formación del carácter nacional un papel hasta inferior á su influencia proporcional, sobre todo en la fase política, ya que la lengua, las leyes y las instituciones fueron inglesas. Ha de reconocerse no obstante que la ligera mezcla de estas clases extranjeras, es una ventaja muy real para la formación de la nueva raza, ya que la raza inglesa misma ha mejorado con este ligero cruce.

Dénme una base inglesa, al comedor de *roastbeef*, al pesado — ó si se quiere — al estúpido espíritu del filisteo, que era la aversión de Mathieu Arnold, apenas sensible al cariño y á la luz de la vida, lento como un elefante, duro como un rinoceronte, tozudo como una mula, pero dotado de buena voluntad y, sobre todo franco. ¡Qué extraña combinación la del león y el cordero, propia para este insular, salvaje y sentimental á la vez! — «Que día más hermoso, si pudiéramos matar algo», grita el salvaje. Esa es su preocupación diaria y su práctica diaria también. Hasta el inglés más instruído (salvo raras excepciones del tipo Spéncer, Balfour y Arnold) no ha podido sustraerse todavía á sus diversiones de tirotear pichones y pajarillos, «por el placer de la cosa». Y no obstante, su héroe típico muriendo sobre el huerto del *Victoria* murmura: «Abrázame Hardy», tan dulcemente como una mujer y pasa á

la mansión de los héroes con un beso del héroe en los labios. Y el antípoda de Nelson; el enorme Jak Folstafp, para demostrar hasta qué punto se tocan los extremos, ¡cómo nos abandona! Todos esos hombres tienen una sensibilidad muy real. Su carácter distinto es *por excelencia*, aquel de quien la ausencia nos hace decir de una raza ó de un hombre: «Movable como el agua, serás una medianía». El inglés es estable. Hace lo que se propone ó muere en su empeño. Su particularidad es la concentración. Adelanta lentamente, pero, como una rueda de engranaje, conserva cada pulgada que gana. Jamás retrocede, nunca tuerce su camino. John Bull va por derecho. No es amigo de bordear la montaña, ni aun cuando sea este el camino más cómodo; aquél la atraviesa. Un cazador atacado por un oso había encontrado una seguridad temporal cogiéndolo por la cola y dando vueltas con él; es decir: coleándolo. Entre tanto pidió auxilio á un compañero para que «le ayudara á soltar» á aquel animal tan afectuoso. Con este dato nos basta para reconocer que dicho hombre no era un inglés, ya que jamás se le ocurre á un verdadero inglés, la idea de soltar algo, si no se vé obligado á ello. Habría luchado con el oso hasta el fin «obligado como estaba á seguir la lucha, en tales condiciones, aunque hubiera tenido aquélla que durar todo el verano», como decía el general Grant.

La sangre escocesa corría por las venas de este hombre tenaz, dueño de sí mismo y sereno, que no quería ceder jamás, seguro de obtener la victoria final, porque sabía no podría, si quería, sustraerse á la tarea que había emprendido. Toda retirada era contraria á su manera de ser. Este carácter dominante de la raza inglesa brilla en Lincoln, el genio político más grande que se ha conocido en nuestra era. El más grande, ya se le juzgue por sus cualidades morales, ya por los resultados materiales, de su administración. El mismo Bismarck, en su organización

de Alemania, hallóse enfrente de fuerzas infinitamente menos importantes que las que hubo de dirigir Lincoln. Bismarck no llegó á alcanzar el mayor grado de éxito político, ya que no fundió en un todo homogéneo á las gentes que había unido. Su arma era la fuerza, su divisa ¡á sangre y fuego!

Aun en tiempo de paz no dominaba éste más que por la fuerza brutal. Lincoln, en tiempo de paz, era generoso, conciliador, bueno y clemente; en tiempo de guerra inquebrantable. Bismarck suscitaba el odio de las masas. Lincoln se ganaba el querer de éstas. El uno era un rudo conquistador; el otro era el guía de las más altas y de las mejores aspiraciones de su pueblo: Para el monárquico Bismarck, «el derecho era la fuerza». Para el republicano Lincoln «la fuerza, estaba en el derecho». Tal es la diferencia que los separa. Por eso el nombre del uno será efímero y el del otro inmortal.

El Americano ha tenido la probabilidad, de hallar en el Alemán, Francés y las demás razas que han contribuído á formarlos, los elementos que le faltaban á su naturaleza para convertirse en más dulce que su original «Bretón». A esta ligera mezcla de sangre extranjera, y al efecto estimulante de un clima más vivo, (tan estimulante que un inglés amigo mío decía que, la temperancia no es en los americanos una virtud, ya que respiran «champagne») al juego más activo de las fuerzas en un país que goza de instituciones políticas que dan todo su valor á los hombres, hay que atribuir la facultad observada en el americano por Mathieu Arnold, de pensar más justo, de ver más claro, y de observar más rápidamente que el inglés. El signo característico del americano, es la lógica. Busca el fondo de las cosas y va derecho á la conclusión. Desea que cada cosa esté trazada con regla y á compás, que sus instituciones políticas sean «bellas en todo», no

comportando ni ventajas ni desventajas, sino la igualdad para todos.

La tolerancia, entre los ingleses, es verdaderamente admirable. Un jefe radical ó un jefe tory-demócrata se sientan á la misma mesa, y aun quizás algún día se encuentren, en el mismo gabinete. Los americanos tienen tolerancia todavía más grande. La política no los divide jamás. Una vez cada cuatro años, se acaloran y toman partido. Las muchedumbres combaten por sus ideas. Imaginariase un extranjero que de estas luchas no podría salir más que la nota de violencia, cualquiera que fuese el vencedor. La mañana siguiente al día de la elección, los adversarios, se codean placenteramente.

Toda la agitación vuelve á calmarse como se calma el mar en verano. El americano combate á los rebeldes cada cuatro años, y tan pronto como aquéllos han depuesto las armas los invita á sus banquetes. Nunca sacrifica una vida á su venganza. Jefferson Davis, antiguo alumno de la Academia Militar Nacional, que hizo traición á su país, fué autorizado para arrastrar sus tristes días en un olvido y aislamiento merecidos. Ni una sola gota de sangre de martir, excitó la irritación del indócil Sur, ni engendró el espíritu de venganza. «Daremos á la humanidad — dice el secretario Seward — un ejemplo de magnanimidad tal, que no se haya visto nunca.» No había tras él, una monarquía, una aristocracia, ó una clase militar que reclamara sacrificios por desagraciar á *Su Magestad* ofendida, sino una democracia cuyos instintos generosos reclamaban el perdón.

El americano no guarda jamás resentimiento; está siempre dispuesto, no tan sólo á perdonar sino á olvidar. Nuestro humorista observa con razón que, «el hombre que perdona, pero que no olvida, busca desquitarse de su deuda con el Señor con un descuento de cincuenta centavos por dollar.» Jonathan paga el dollar por entero.

El amor á la música, muy extendido generalmente en América, ha sido importado por el elemento alemán y continental. En el alemán, además de la flemma de Bretón, hay una parte «sensible á las cosas bellas». Ama la música, es actualmente sociable, y no está nunca mejor que en el seno de la familia.

Sobre todo es instruido y está dotado de excelentes costumbres; es paciente, industrioso, pacífico y respetuoso de las leyes. Otra característica importante de esta raza es la afición con que ha adoptado las ideas americanas. La mayoría de los alemanes habían realizado ese cambio antes de embarcarse. Aman á su país natal, pero detestan sus instituciones. El yugo del príncipe Bismark ni es ligero ni cómodo de reportar. El servicio obligatorio para todos, el impuesto de sangre de los monárquicos, está hecho para dar que pensar á lo más selecto de los hombres enérgicos y vigorosos sobre la situación política. ¡Oh, América! con la igualdad de tus leyes, de tus privilegios, y la aureola de paz que rodea tu frente ¡cuán hermosa y cautivadora pareces á las masas oprimidas de Europa! ¡Qué tentación les ofreces aún á los hombres más patriotas de abandonar su propio país para tener parte en una herencia tan bella! El emigrante puede no prosperar en el nuevo país ó prosperar al modo del irlandés, á quien preguntándole un amigo suyo si la República era un país bueno para el hombre pobre contestaba: «Ya lo creo que sí. Mírame á mí; cuando llegué aquí no tenía ni camisa ahora las tengo á docenas».

Algunos de los recién llegados fracasan; muchos habrían hecho mejor carrera en el país que abandonaron. América no conviene más que á las gentes escogidas. Es una colmena en que no hay sitio para los zánganos.

La República no da siempre la riqueza ó la dicha. Tampoco las ha prometido aquélla. La declaración de los Derechos del hombre reivindica para el ciudadano el dere

cho de obstar á sus ventajas y no el derecho de gozarlas. Pero si la República no da al emigrante la dicha y la prosperidad, hace de él un *ciudadano*; es decir: un *hombre*.

El francés no es más que un emigrante. Es un gran honor para América el haberse atraído trescientos mil de esos galos sedentarios. Este número es tan pequeño que la influencia francesa sobre el carácter nacional es insignificante. Los franceses son los cocineros y los Epicuros del mundo. América les es deudora de buena cocina y de los «Del monicos», *restaurants* franceses que se encuentran en las principales poblaciones. Antaño nuestros cocineros no eran franceses.

Todavía hoy, en el oeste de Chicago, la cocina es detestable. Gracias á los franceses mejorará aquélla rápidamente.

Jamás ha proporcionado la naturaleza á nación alguna una variedad tan grande de comida; pero tampoco ha tenido nunca país alguno cocina tan mala.

En cuanto al traje femenino, (los pocos gomosos del sexo masculino adoptan las modas inglesas) debemos mucho á la influencia francesa. Todos mis amigos de Inglaterra estiman que la mujer americana se viste infinitamente mejor que su hermana la inglesa. El honor de este halagüeño veredicto corresponde á Francia. Ninguna otra raza que la francesa y la alemana (esta última comprende á los suecos y á los noruegos, que son también teutones) se ha instalado entre nosotros, en número suficiente, para ejercer la más ligera influencia sobre nuestro carácter nacional.

Ciertos autores extranjeros han sostenido que la raza americana era incapaz de bastarse á sí misma y que su porvenir depende de la inmigración. Aquellos hombres han sido contradichos por los hechos. De los cincuenta y seis millones de americanos que viven actualmente, las

siete octavas partes ó cuarenta y nueve millones han nacido en América. Un octavo tan solo ó siete millones han visto la luz en país extranjero. La población de color es con corta diferencia igual á esta última. He aquí según el censo, el aumento de la población americana; de 1850 á 1860, 32'33 por ciento; de 1870 á 1880, 31'25 por ciento. En ningún país de Europa se aproxima el aumento á dichas cifras, que son, poco más ó menos, las cifras promedias para la población americana entera, indígena ó extranjera.

¿No es ésta una excelente prueba de que el americano nacido en América es tan prolífico como el extranjero nacido en América, y que ambos son más prolíficos que los habitantes de cualquier otro país extranjero? A pesar del número enorme de emigrantes que anualmente des embarcan en el país, los nacimientos son siete ú ocho veces más numerosos que los arribos de los extranjeros. Y yo agregó que, como ya hemos visto, más de la mitad de los recién llegados son ingleses; de manera que los americanos, bajo el punto de vista de su origen, van siendo cada vez más ingleses. Por lo demás, la emigración extranjera, anual, tiene para América una importancia inestimable. Durante los diez años transcurridos de 1870 á 1880, el número de inmigrantes ha sido en promedio de 280,000 por año. En 1882 cerca de tres veces más (789,000). El sesenta por ciento (473,400) de esta masa se componía de adultos, cuya edad oscilaba entre quince y cuarenta años. Los adultos valían 1,500 dollars cada uno; tal era en otro tiempo el valor de un buen esclavo. Esto suponía una suma de 710,000,000 de dollars á la que se pueden añadir, con toda seguridad 1,000 dollars por cabeza, ó 315,000,000 para los últimos, cuarenta por ciento del total de los emigrantes. Además calcúlase que cada inmigrante aporta, en promedio, 125 dollars. Partiendo de esta base el valor del dinero traído por los inmigrantes, en 1882, excedió de 1,125,000,000 de dollars. En verdad, el año 1882,

fué excepcional; pero el promedio del aumento anual de la riqueza de la República, por efecto de los inmigrantes, es hoy doble que el producto total de todas las minas de oro y plata del mundo entero. Si los propietarios de estas minas se vieran obligados á enviar al tesoro de Washington, cada onza del precioso metal, producido á sus costas, no se aumentaría la riqueza en la mitad de lo que se aumenta con la inmigración.

El valor de estos invasores pacíficos no radica todo en el número ni en la riqueza que aportan. Para llegar á hacer una evaluación justa hay también que tener en cuenta la superioridad de carácter de los que emigran. Así como los hombres que fundaron la República Americana eran fanáticos si se quiere — hombres que tenían intelectual, moral y políticamente ideas adelantadas; hombres á quienes Europa había repudiado como peligrosos — así la mayor parte de los inmigrantes de hoy son hombres que abandonan su país porque están descontentos de su situación, y que vienen á buscar entre nosotros, en un nuevo ambiente, la ocasión de prosperar que no encuentran en su patria. Los ancianos y los indigentes, los perezosos y los satisfechos no afrontan los peligros de una mar tempestuosa, arrastrando en su casa una vida impotente. El hombre que emigra es un hombre inteligente, enérgico, ambicioso, descontento; un sectario, un refugiado, un perseguido, un enemigo del despotismo, que tiene sed de libertad y que para hallarla, no vacila en abandonar su casa y en encaminarse á la hospitalaria América.

Las clases directoras del Nuevo Mundo conocen bien el valor de los hombres que emigran y no olvidan nada para prevenir su éxodo.

No es que aquellas teman que se produzca un vacío en la población, ya que está demostrado de una manera concluyente, que la emigración no paraliza el movimiento

de la población, siempre que, por supuesto, las salidas no excedan á la fecundidad natural de la raza humana. Su temor proviene de que saben, de un modo cierto, que tales salidas representan lo selecto de la población. Afortunadamente para América, los esfuerzos hechos para contenerlas no han tenido más que insignificantes resultados.

La corriente no interrumpida de bretones, de teutones y de latinos agrándase de año en año. En tanto que América ofrezca al mundo el espectáculo de un país que posee un gobierno fuerte, aunque libre, donde impera el orden social; donde los impuestos se hallan reducidos á su *minimum*; donde todos los hombres tienen derecho á la instrucción; donde el trabajo y el espíritu de empresa reciben más altas recompensas que en otro país cualquiera; donde la igualdad de los derechos políticos se halla garantida, en tanto que esto subsista, la flor de los trabajadores acudiré allí. Con el tiempo una parte del mundo podrá dirigirse hacia otros países que les ofrezcan ventajas políticas y materiales, pero los Estados Unidos conservarán la ventaja de haber recibido esa corriente durante más de medio siglo y es sabido que los emigrantes tienen predisposición á seguir el camino trazado por los que le precedieron. Los emigrantes ya instalados atraen á sus amigos, á sus parientes, y con frecuencia les proporcionan los medios de atravesar el Océano.

El emigrante, además de la ambición, de la energía y de la actividad, posee la fuerza y la salud.

El cojo, el sordo y el ciego no se hallan inclinados á abandonar sus domicilios de Europa, y es raro que un hombre atacado de enfermedad inveterada, vaya á buscar su tumba á un país extranjero. Este estado de cosas, que no ha cesado de existir desde los primeros emigrantes ha tenido por resultado, el de asegurar á América unaraza de hombres casi enteramente sin defectos físicos. Las estadís-

ticas demuestran que la proporción de los ciegos, de los sordos y de los mudos, es la mitad que en Europa.

Para comprender cómo puede observar América los emigrantes que le llegan á diario y también el gran aumento natural de sus habitantes, hay que recurrir á una comparación.

Bélgica tiene 482 habitantes por kilómetro cuadrado, Inglaterra 290; los Estados Unidos, á excepción del Alaska tiene menos de 14. En los diez años que van de 1870 á 1880, se agregaron á la población americana once millones de habitantes. Pues este aumento, no añade más que tres personas á cada milla cuadrada. Si América prosigue doblando su población cada treinta años, en vez de cada veinticinco, como lo ha realizado hasta el día, transcurrirán todavía setenta años antes de que alcance la densidad de Europa. La población se elevaría entonces á 290 millones de habitantes. Si aquella alcanzaba algún día la densidad de Inglaterra, contaría con más de mil millones de americanos, ya que á la hora presente, cada inglés posee dos acres de terreno y cada americano 44 acres.

Estas suposiciones no son tan sólo posibilidades. Los progresos hechos desde 1880 en la colonización de nuevas regiones, excede á todos los resultados de los períodos precedentes. Son verdaderamente maravillosos, y los que los ven, apenas si saben darse cuenta de la extensión de los mismos. Examinemos el gran Nosth-Wert. Hace diez años apenas, no era conocido más que como una llanura estéril y helada, salvaje, inhospitalaria, casi inhabitable. El ferrocarril la ha transformado, como por encanto de varita mágica. El Minnesota tiene más de un millón de habitantes. La población del Dakota ha cuadruplicado en cinco años, siendo en la actualidad de medio millón. Las poblaciones surgen allí con una rapidez fantástica. La cosecha de cereales, el año último fué de 30 millones de bushels, dos veces igual á la cosecha de Egipto.

En Inglaterra apenas si conocemos el Montana. El año último, en doce meses, su población pasó de 85,000 á 110,000; su rendimiento en ganado de 475,000 á 850,000, y su producción de minerales de menos de 10 millones de dollars á más de 23 millones. Los bienes sometidos á impuestos están calculados en 50 millones de dollars. Los Estados de Wyoming, de Idaho, de Washington y del Oregon se desarrollan casi tan rápidamente también. Otras partes del Oeste han marchado á un paso más rápido también. La población reunida de siete estados tributarios de Kansas City, ha pasado en un año (de 1879 á 1880), de menos de 5 millones y medio á más de 7 millones. Desde 1880, el valor del ganado vacuno en las mismas regiones ha pasado de 9 millones de dollars á 14 millones y medio; la de los carneros de 6 millones de dollars á 9 millones y medio. Con tales aumentos, el desierto occidental conviértese rápidamente en una cosa del pasado, y dentro de algunos años, tendrá una población más densa.

Las cifras son bastante insuficientes para dar á comprender ciertas grandes verdades. Comparad la superficie del Texas á las de otros Estados americanos y países extranjeros. La mayor parte de éstos ¡cuán mezquinos resultan al lado del majestuoso Texas! Y eso que Texas no es más que una de las cuarenta y seis divisiones territoriales de la República. Examinad el Montenegro que, en ocasiones diversas ha puesto en conmoción á Europa, y ha hecho verter tanta sangre. Sobre el mapa de Texas resultaría ser aquel tan grande como una mosca. Les ruego se fijen también en que el Reino Unido, todo entero, podría caber en este simple Estado de la Unión y aún quedaría sitio á su alrededor. Obsérvese, igualmente, que la producción de algodón del mundo entero podría ser recolectada en el solo Estado de Texas, sin perjudicar mucho á sus demás producciones. Pueden, sin exageración, suponer que, dentro de algunas docenas de años, trescientos

millones de republicanos vivirán amistosamente bajo las mismas leyes, en el gran continente americano.

Cuando se piensa en estas seductoras probabilidades, parece que los hombres de Estado del viejo mundo, en vez de consagrar toda su atención á los pequeños Estados de Europa, harían mejor mirando de cuando en cuando hacia el Oeste y en ocuparse de los hechos de sus parientes y amigos que elevaron rápidamente una potencia con la cual no puede ninguna otra rivalizar.

No hemos de olvidar á nuestros compatriotas de origen africano, cuyo número, como hemos dicho, iguala al de la población extranjera entera; un octavo del total. Hace algunos años eran aquéllos esclavos todavía. Fué Abraham Lincoln quien, de una plumada, transformó estos esclavos en hombres libres. Hoy disfrutan del derecho de voto, exactamente lo mismo que los demás ciudadanos. No existe privilegio del que no participen. El poeta inglés dice:

«Los esclavos no pueden vivir en Inglaterra. Desde el instante en que sus pulmones respiran nuestro aire, son aquellos libres. Al poner el pie en nuestro suelo sus cadenas se rompen.»

Los esclavos no pueden vivir tampoco en el país fundado por Inglaterra.

La Declaración de Independencia, que proclama la libertad, la igualdad de los hombres, no es ya una burla.

Cuando se concedió la libertad, de improviso, á esos pobres esclavos se temía que abusasen de la misma.

Los que les conocían mejor, los propietarios de esclavos del Sur, afirmaban que el resultado vendría á ser una pereza universal, la insurrección y la disipación; que el negro no podía trabajar más que bajo la amenaza del látigo del mayoral. Ninguna de esas sombrías predicciones se realizó; todas han salido fallidas. Hay ahora más algodón que antes. Bajo el regimen de la libertad, los recursos materiales del Sud se han acrecentado más rápidamente.

Causaron tan extraordinaria sorpresa en gran número de americanos los resultados del último censo, que pretendían aquéllos que se debían haber sufrido errores. Por si las cifras podían no ser exactas en algunos distritos se procedió á verificar su comprobación. El número de diputados de cada Estado, se señala todos los años según las cifras del nuevo censo.

Cuando se hizo el censo de 1880 todo el mundo creía que los Estados del Norte aumentarían su representación proporcional. Ahora bien; los Estados del Sud, no sólo se mantuvieron en la proporción sino que aumentaron. A los 97 representantes del Sud se les agregaron 13, y á los 195 representantes del Norte, no se les agregaron más que 18; es decir, que el aumento del Norte era la mitad menor que el del Sud. El desarrollo sin precedente de los Estados del Noroeste fué también importante para aumentar el poder legislativo de los Estados del Norte, en las mismas proporciones. Tales son los resultados de la libertad opuestos á los de la esclavitud.

Es opinión unánime, la de que los esclavos libertados adquirieron rápidamente las cualidades de los hombres libres, y administraron sus propios intereses con habilidad sorprendente. Muchos de ellos se ofrecieron inmediatamente á sus antiguos dueños, para encargarse de una parte de la plantación, como medianeros. Otros compraron terrenos. En la actualidad tienen una irreprochable conducta y son bastante más activos que antes.

Me parece que fué ayer cuando me veía obligado á oír á hombres excelentes debatir la causa de la esclavitud, tal como aun estoy condenado de vez en cuando á oír la defensa de la monarquía y de la aristocracia y sostener que era el mejor régimen para la raza negra.

Afirmase en alta voz que los negros eran dichosos con tener amos. Un juez del Ohio se hizo célebre por su defensa de la esclavitud. Pretendía aquél, que los esclavos

eran los mejores jueces de lo que les convenía y que se les debería permitir continuar en una condición que les procuraba un grado de bienestar que raramente alcanzaban los obreros del Norte. El tal juez fué súbitamente convertido á la opinión contraria tras una conversación sostenida con un negro que, procedente del Kentucky, pasó por el pueblo habitado por nuestro amigo.

Este le preguntó al fugitivo:

«— ¿Por qué te has escapado?»

»— Porque quería ser libre.

»— ¿Tú querías ser libre? Entonces es que tendrías un amo malo.

»— ¡Oh, eso no! ¡mi amo era muy bueno!

»— Tenías un trabajo demasiado penoso

»— No, no; mi trabajo era muy llevadero.

»— ¿Entonces es que acaso tu hogar era insuficiente?»

»— Tampoco; hubiera deseado que usted hubiera visto mi bonita cabaña en el Kentucky.

»— ¿Acaso no te daban bastante de comer?»

»— ¡Ah caballero! ¡no dar bastante de comer en el Kentucky! Tenía comida más que suficiente.

El juez comenzó ya á sentirse vacilante.

»— Tenías un buen amo, comida en abundancia, no demasiado trabajo, y una buena habitación. No comprendo, pues, por que te has escapado.

»— Señor juez, he dejado el sitio vacante. Puede usted ir á ocuparlo si quiere».

Al terminar esta conversación dió un billete de cinco dollars al irrazonable esclavo que había dejado el bienestar tras de sí, para convertirse en un hombre. Desde entonces, el juez fué un ardiente abolicionista y reconoció que

«La libertad, encierra mil encantos, que los esclavos, aun satisfechos, no conocieron jamás.»

La proporción del elemento negro al elemento blanco

disminuye necesariamente cada vez más. En 1790, era aquélla de 27 por ciento del total; en 1880 ya no era más que de 30. En tanto que la población blanca total del país ha pasado de diez millones y medio á cuarenta y tres millones y medio, en medio siglo, el número de los negros se ha elevado tan sólo de dos millones y cuarto á seis millones y medio. Este decrecimiento continuo depende de dos causas. Por de pronto, la raza de color no recibe emigrantes; su aumento descansa por entero sobre los nacimientos. Además está probado que, aún cuando el número de sus nacimientos sea más grande que el de los blancos, se halla también compensado por la mortalidad. El aumento de los negros, de 1860 á 1880, no ha sido más que de 48 por ciento contra un aumento de 61 por ciento para los blancos.

Es demasiado pronto todavía para juzgar si, con una instrucción superior y las costumbres de previsión engendradas por la libertad, esta mortalidad excesiva se podrá reducir; pero me parece inevitable que la raza negra permanezca, desde el punto de vista numérico, cada vez más alejada de la blanca. No es de esperar que el clima más caluroso del Sur, en que viven los negros, produzca una raza tan vigorosa como los Estados fríos del Norte.

La república se halla constituida por una raza de origen esencialmente inglés, pero que se transforma de día en día en americana gracias á los nacimientos; los elementos extranjeros son insignificantes, y están destinados á tener pronto, con relación á los americanos nacidos en el país, una importancia tan poco considerable, como la que tienen los habitantes de Inglaterra, nacidos en el extranjero, con relación á los ingleses nacidos en el país.

La República de América, por su sangre y su naturaleza, es, pues, un verdadero «Inglés» un «pedazo de la vieja piedra» una nueva edición de la obra original corregida y aumentada como lo son todas las ediciones.